



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

MAESTROS COMPOSITORES
TOMÁS BRETON



Tiene mucha inspiración,
dirige con mucho acierto...
¿Quién no recuerda un concierto
de Bretón?

Lit. Desengaño 14 Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Timos, timados y timadores, por Vital Aza.—Gall-mastías, por José Estramere.—Las noches del Prado, por Vicente Colorado.—Al menudeo, por Sinesio Delgado.—Todo se vende, por José Jackson Veyá.—Cuestión de carácter, por Luis González.—Epigramas, por Carlos Cano.—El gato y sus amigos, por Pedro Estañón.—Chismes y coentus.—Anuncios.

GRABADOS: Tomás Bretón.—Cosas del tiempo.—Tipos, por Cilla.



(MONÓLOGO.)

¿A qué hora se va el tren? ¿A las siete y media?... ¡Carambita! ¡Y son cerca de las seis! Oye, tú, Ramona; anda, hija, á ver cómo vas metiendo en la maleta todo lo que necesito... Mira, aquí tienes dos camisas; dóblalas bien. Ya sabes lo que es la gente de los pueblos; si me ven llegar arrugado, dirán que nosotros los periodistas somos unos mendigos, y aun habrá quien crea que me he dejado aplastar por Retes ó por otra mole poética cualquiera. Mientras tú arreglas el equipaje, haré la crónica de la semana para MADRID CÓMICO. ¿Han llamado? Anda, mujer, abre... ¡Maldito importuno! ¿A qué vendrá aquí ese mamarracho?... Ya lo he oído, mujer; ya sé que está ahí ese espanta pájaros. ¿Le has dicho que entrara en la sala? Bueno; dile que ahora voy... No he visto gente más antipática que estos poetas sensibles... ¡Amigo Bonifacio! Muy buena, gracias, y la de V... Vaya, hombre, vaya; tanto bueno por aquí... Estoy de viaje, sí, señor; voy á Salamanca á la inauguración de un ferrocarril, y naturalmente, como yo lo dejo todo para la última hora, no se puede V. figurar las cosas que tengo que hacer. Ahora mismo empezaba á escribir la revista de la semana del MADRID CÓMICO... No, no me molesta V.; al contrario, me da mucho gusto... ¿Y á eso viene V.? Hombre, lo agradezco; nada, pues déjemelo V. ahí; lo leeré cuando vuelva. ¿Trágico, eh? ¡Muy trágico! ¿Mata V. por fin al barba? Hace V. bien; la mayor parte de las noches está que no se le puede resistir. ¡Es muy malo! Y le participo á V. que si en su tragedia no muriese, el día menos pensado subirían los espectadores y acabarían con él... Ya me ha dicho la mamá que lleva V. tres años *trabajando* en la tragedia. ¡Toda en alejandrinos! ¡Qué barbaridad de talento tiene V.! Corriente; deje V. aquí la cosa. ¿Que tiene V. gusto en que le diga mi opinión? Hombre, V. me confunde... Ea, pues abur y hasta la vuelta... ¡Ah! Memorias en casa... y déjese V. ver. ¡Maldita sea tu poesía y la hora en que te conocí, facineroso! Oye, Ramona, pásale un cepillo al sombrero antes de guardarlo... ¡Ah! ¡Por vida de las prisas! Busca la llave de la maleta; me parece que la he dejado sobre el velador. ¡Escucha! A las siete quiero comer. No hay cosa peor que meterse en el tren con apetito, porque se ve uno obligado á tomar algo en las fondas, y nunca me olvidaré de una tortilla de hierbas que me dieron en la estación Chidriague el año pasado. ¡Sabía á ungüento amarillo!... ¿Ya has cerrado la maleta? ¿Cuánto apostamos á que te olvidaste del tomo?... ¡Lo ves? Anda, búscalo, mujer, búscalo. A mí los viajes me aburren, y prefiero dormir. En cuanto coja en las manos ese libro del Marqués de Molins tengo la seguridad de que me quedo como un leño...

Ya está todo; ¡já, já, já! Ahora voy á ver si hago la crónica... Bueno. ¡Ramona! ¡Ramona! ¿Qué tiene esta tinta? ¡Al demonio no se le ocurre cosa igual! ¿De dónde has sacado tú que echando vinagre en el tintero se conserva más negra? ¡Uf! Yo no puedo soportar esta peste. Se me figura que me están poniendo paños de vinagre en la boca del estómago. Tira esto, mujer... ¡Por vida de la crónica! ¿Quién me ha andado en las plumas? Los niños. ¡Los niños! Quitámelos de delante, ó no respondo de mí. Eso es. ¡Llorar ahora!...

Ea, se acabó; á callar todo el mundo, y al que sea bueno mañana le compro un San Isidro de barro para que juegue con él... Gracias á Dios que puedo escribir con calma...

«DE TODO UN POCO.»

«Compadecemos á Felipe, el infortunado empresario del Teatro Español, que no encuentra galán. Compadecemos á Sagasta, el maltrecho presidente... ¡Eh! ¿Qué dices? ¿Que han sacado la sopa? ¡Pero qué hora es? ¿Las seis y media? ¡Caracoles!... Anda, hija, que la metan otra vez... Tengo que escribir mi crónica...»

«¿Les importa á VV. algo la crisis ministerial? ¿No? Pues es raro. Aquí, para consuelo de los que nos tachan á los españoles de informales y de amigos de la trivialidad; aquí, donde nadie se preocupa de nada, casi todos los mortales se dedican á examinar la cosa pública y hablan del sesgo que va á tomar la política europea. Una distinguida aguadora del Prado preguntaba ayer con ansiedad á todos los parroquianos:

—¿Pero es cierto que Francia busca el medio de vengar agravios sufridos por la raza sajona? ¿Se confirma la entrada de Cañamaque en Ultramar? ¿Subirán el vino?...»

«Otra vez? ¡Pero mujer, si no son más que las siete!... ¡Calle! Se me ha parado el reloj... ¡Abur! ¿Cómo quieres que coma, si voy á perder el tren?... No puedo detenerme... ¡Y yo que había prometido á Sinesio escribirle la crónica!... ¡Ah! Si vienen á buscar original del MADRID CÓMICO díles que no hay crónica, ni hay nada. Y á ver cómo os cuidáis durante mi ausencia... Y si vuelve el poeta del drama, procura cogerle entre dos puertas, á ver si se muere y nos deja en paz á todos... ¡Hasta la vuelta!

LUIS TABOADA.

TIMOS, TIMADOS Y TIMADORES

Quando lamenta la gente que uno haya sido timado, yo digo: ¡Perfectamente!

¡Le está muy bien empleado! Habrá honradez en alguno; pero, salvo esa excepción, si el timador es un tuno, el timado es un bribón.

Esta es, si bien se repara, una verdad como un templo; y si alguno lo dudara que lea el siguiente ejemplo.

—Va por el Prado un paleta con dinero en el bolsillo, y se le acerca un sujeto (que es un timador muy pillo).

Con acento algo francés le pregunta... cualquier cosa, y entablan, poco después, conversación amistosa.

El francés acogojado dice al paleta:—Señor, usted ser un hombre honrado y yo pedirle un favor.

Monsieur Perca, el banquero de cuya casa he sortido, me ha donado este dinero, que yo no he reconocido.

De Paris es mi llegada hace una semana sola, y yo no conosco nada esta moneda española.

Yo, señor, sintiera mucho un engaño... Mire usted *ce cartouche*, este cartucho de monedas. Yo no sé si son buenas.

—¿De pistón! ¡Muy buenas y muy cabales! —Oh, mil gracias! ¡Y, estos son seis mil cuatrocientos reales, no es verdad?

—¡Mucho que sí! Yo sé muy bien lo que cuento. —¿Y cómo llamarse aquí estas monedas?

—¿De á ciento! —Oh, mil gracias le repito. —Mándeme usted en lo que pueda.

—Hoy me marcho y necesito cambiarlo en otra moneda.

Porque en Francia, mi país, está nunca lo pasamos. Lo que quieren en París son esas monedas... ¡vamos! esas grandes...

—¡Sí! ¿Ya estoy? ¡Onzas de oro! ¡Pelucónas! ¡Eso es! Y a cambiarlas voy. Me dicen que aquí hay personas que por cuatro de estas...

—¡Qué!

—¡Me darán una onza!

—Yo creo que gafaré, pues no parecerme caro.

Si usted quisiera, señor, desirme dónde podría cambiar esto, es un favor que siempre le estimaría.

—¡Han de ser onzas, verdá!

—¡Oh, sí! ¡Las apreso mucho!

—¿Y usted por cada onza da cuatro de esas del cartucho?

—¡Naturalmente que sí!

—¡Naturalmente que sí!

Eso valen, según creo.

—Pues ya que le conocí, y yo servirle deseo,

conmigo debo traer algunas onzas y voy a cambiárselo.

—¡Oh, plaser!

—¡Reconosido le estoy!

—¡Sesenta y cuatro hay ahí; entre cuatro... ¡cuenta justa!

Diez y seis onzas.

—Mersi.

—¡Toma y dact! ¡Así me gusta!

—¡Ahí va el cartucho.

—¡Está bien!

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Aburi!

Me voy a tomar el tren.

—¡Vaya usted con Dios, *monsiur!*

Marcha á escape el extranjero,

y el paletó entusiasmado

va á reconlar el dinero

que el *franchute* le ha entregado,

y el muy pedazo de atún,

victima de sus acciones,

se encuentra solo con un

cartucho de perdigones!

Y entonces es el gritar:

—¡Me han robado! ¡Me han perdido!

Y entonces es el conlar

á un guardia lo sucedido.

Oye el agente prudente

la relación detallada;

pero, es claro, que el agente

como siempre no hace nada.

Y este es el mal; pues debiera,

cuando un caso así ha escuchado,

castigar de igual manera

que al timador al timado.

Pues si este paletó había

perdido tanto dinero,

fué sólo porque él creía

estafar á un extranjero.

¡Nada! Insisto en mi opinión.

Habrá honradez en alguno;

pero, salvo esa excepción,

si el timador es un tuno,

el timado es un bribón.

VITAL AZA.

GALI-MATIÁS.

I.

Yo vivo en un barrio tal, que en la calle las vecinas dejan sueltas las gallinas y otras aves de corral.

Y en algunas ocasiones me he solido entretener, en mi balcón, en hacer curiosas observaciones.

El gallo, dice la gente que canta: *qui quiri qui*, pero no siempre es así; yo lo sé perfectamente.

(Si de mis conocimientos quiere enterarse el lector, tiene que hacerme el favor de fijarse en los acentos.)

Gallos que en voz gutural exclaman: *Ca-quire-qui*, — le dice: *Te quiero á tí* — á una hembra de otro corral.

La esposa está confiada en que él nada logrará, y dice: *¡Clá, clá, clá, clá!* — que es soltar la carcajada.

Pone ella un huevo, y quien duda que con su *clo... clo... clo... qui*, dice: *Lo... lo... lo... salté* (porque es algo tartamudo.)

El gallo inglés enjaulado, quejoso de verse así, exclama: *¡Triste de mí!* — en un tono acongojado.

Pollo de cola pelada, mejo que gallo se cree, lanza su *que-que-que*, que no quiere decir nada.

Como que no hay quien le aguante, el gallo suele decirle:

—*Clactácto*. — que es confundirle con un termo mal sonante.

II.

Cuando en mi balcón me hallo en estas observaciones,

en distintas ocasiones me digo: — ¿Quién fuera gallo!

Y ¿quién pudiera, Cristinas,

Rosas, Pepas y demás que no olvidaré jamás,

conventillos en gallinas,

y traer al retortero,

sin censuras enojosas,

á cien mujeres hermosas en mi propio gallinero!

Así, Juana y Asunción,

que por mí no se querían, en el corral estarían

siempre á partir un piñón.

A ti que padece, Clara,

tanto con tu esposo Antero,

viviendo en mi gallinero,

otro gallo te cantara,

Lucía, lindo pímpollo,

coqueta á carta cabal,

se vendría á mi corral por ver si había algún pollo.

.....

Mas ¡ay! una idea atroz

acude á la mente mía;

¡yo, que estoy gordo, sería

bueno para con atroz!

JOSÉ ESTREMEÑA.

LAS NOCHES DEL PRADO

Desde lo alto del cielo contemplaba la luna noches pasadas el Salón del Prado, llena de envidia y tristeza.

Ella, que en tantos eclipses robó la luz del sol á los mortales, veíase ahora á su vez eclipsada por un pequeño enjambre de farolillos de mala muerte, cuya intensísima luz extingüese impotente cincuenta pasos más allá de su foco.

Trafala esto á mal traer, y, avanzando lentamente en su curso, las lágrimas corrían por sus ojos, mirando á través de ellas la ingratitud y abandono de los concurrentes del Prado, los cuales iban y venían como si tal luna hubiera en el firmamento.

Alguien, sin embargo, se volvía á contemplarla y la saludaba con emoción profunda. ¡Quizá los mismos que, en años anteriores, la veían con disgusto asomar por el horizonte y derramar su blanca é indiscreta luz sobre las escenas más íntimas y secretas!

—¡Te acuerdas?...—decía un amante á su novia, á quienes seguían á remolque los voluminosos padres de la muchacha.

—Sí—murmuró ella, dirigiendo los ojos hacia un banco de piedra inmediato á la fuente de las Cuatro Estaciones.

—Allí, hace un año, cambiamos nuestro primer beso de amor.

—¡Entonces no había luz eléctrica!

—Al día siguiente salió la luna, la cual, durante ocho noches, nos impuso abstinencia absoluta. ¡Un beso para ocho días!

—Pero pasaron aquellas ocho noches eternas...

—Sí, pasaron.

—Y después...

—¡Ah! después las recobramos con creces. ¡Ahora vivimos en abstinencia completa!

Las de marras estaban dadas á los mismísimos diablos. Estas tres hermanas, que viven durante el día de lo que trabajan por la noche, acuden al Prado desde tiempo inmemorial en compañía de su madre, buena y complaciente señora que ni oye, ni ve, ni entiende. Conocen á todo el mundo; á las mujeres por algún detalle ridículo de sus trajes ó acciones, y á los hombres, principalmente á los que comienzan á serlo, por sus nombres propios, los cuales pronuncian siempre en diminutivo ó aumentativo, según el tamaño de la persona á quien se refieren.

Todas las noches llegan solas al Prado, y sus francas y alegres risas se escuchan desde que asoman por el Ministerio de la Guerra. No han concluido de dar su primer paseo cuando ya van acompañadas de otros tantos individuos, por lo general distintos de noche; no hay ejemplo de que *los mismos* las hayan escoltado durante ocho días seguidos.

Una vez en pareja, suelen dar dos ó tres vueltas, hasta que encuentran un sitio *apropósito*, invadido por la sombra, en la cual bordean con atrevimiento todos los abismos del amor, en tanto que la madre duerme arrullada por ardientes y apasionados monoslabos.

Desde que se ha establecido el nuevo alumbrado, *las de marras* pasean las más de las noches solas; sus relaciones han disminuído, y cuando los pocos amigos que las restan preguntan por qué no rien y enloquecen cual solían, suelen decir suspirando:

—¡Esta luz eléctrica es tan escandalosa!

Las señoritas de X están también que trinán. Antes un mismo vestido convenientemente vuelto y arreglado cada año, bastaba para pasar por elegantes y darlas cierto aire distinguido á la luz del gas; pero, ¡con la luz eléctrica!

—Vea V. esta falda. Me alegraría que la viese V. de día. Nueva, nuevécita; ¡como que la compramos el mes pasado en casa de Crespo! Ya sabe V. quién es Crespo.

—Sí, señora; el prestamista...

—¡Qué cosas tiene V., hombre! Crespo es un comerciante...

—Ya recuerdo, ya recuerdo.

—Pues bien: la he estrenado hace pocos días.

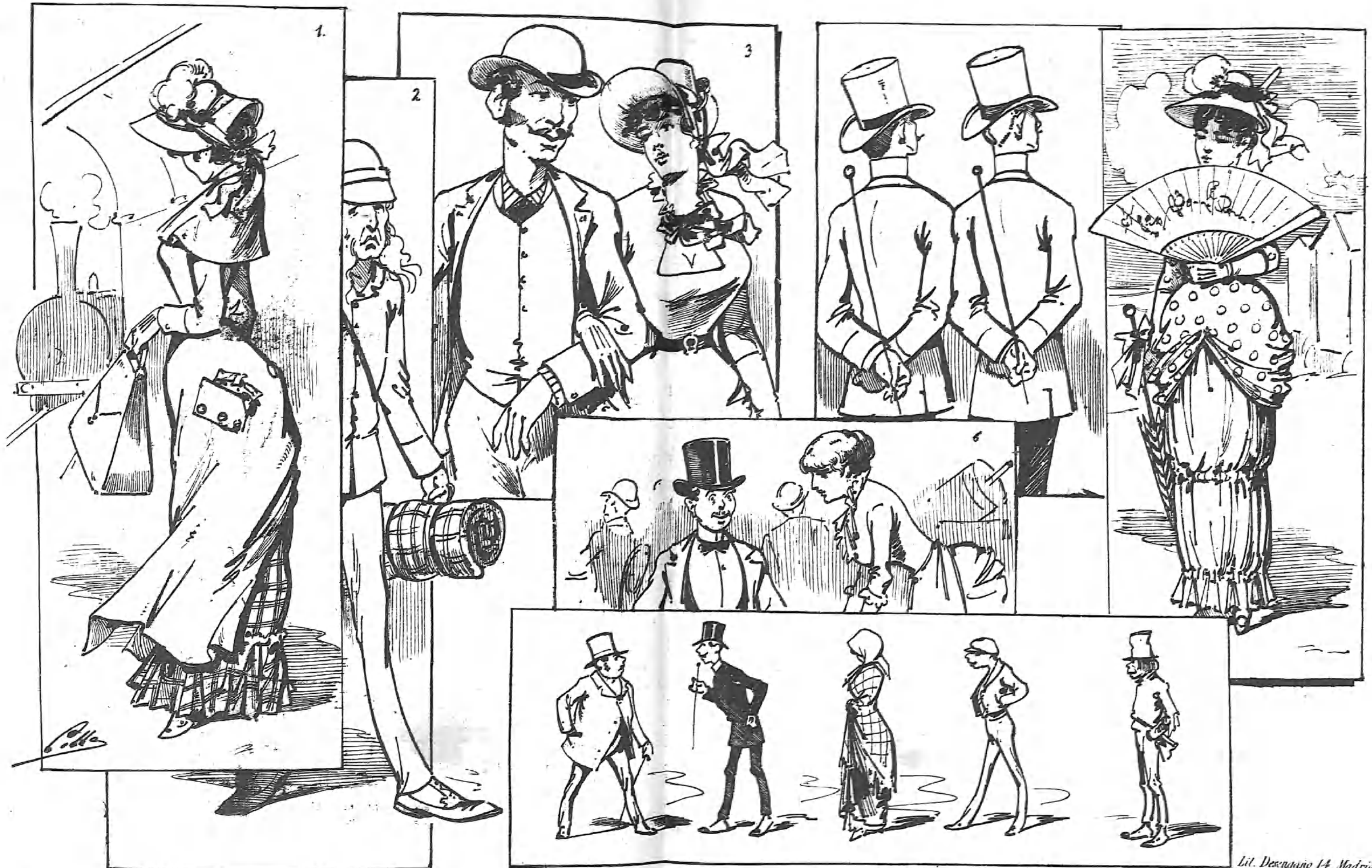
—Se parece á la del verano pasado.

—Es que á mí no me gusta variar de clases y colores cada lunes y cada martes. Todos mis vestidos se parecen.

—Lo he observado.

—Pues bien; como decía á V., la he estrenada hace pocos días. Nadie lo diría, ¿no es verdad?

COSAS DEL TIEMPO



1.—Niña de elegante traje solita con tu equipaje, ¿dónde va s?

2.—No vayas tan satisfecha, ¡mira que el diablo te acecha por detrás!

3.—¡Cuanto te quiero, Bautista! —Sí que lo creo, Vicenta, pero ¡si vieras qué cuenta nos ha largado el fondista!

4.—Allá van dos mozalvetes que son un par de zoquetes.

5.—Doncella inocente y pura que al *Sussum* le da un camelo, y vive de la pintura; ¡es modelo!

6.—¿Qué va á ser? —Pues chica y chico como siempre; ó si no... ¡mira! más vale que tú te quedes y no me traigas la chica.

7.—Aunque haga en el verano calor y otros excesos indefectiblemente, se quedan aquí esos.

Lil. Dextrano 14. Madrid.

—Efectivamente.
 —Pues de todo tiene la culpa esta maldita luz eléctrica. Tiene tal reflejo, altera de tal suerte los colores, proyecta tales sombras en todo, que no hay vestido, por nuevo que sea, que no parezca un guiñapo.
 —Y diga V., ¿este zurcido?...
 —La luz eléctrica, amigo mío, la luz eléctrica. Le digo á V. que los hombres discurren con el demonio.

Las jóvenes pálidas y amarillas por la clorosis, quejense no menos amargamente.

El falso espejismo de su belleza y de sus colores ha desaparecido. Como la moneda falsa dorea á través del baño de plomo, amarillean sus mejillas á través de la capa de polvos de arroz.

—¿Está V. enferma?
 —No señor, tantas gracias; gozo de una perfecta salud.
 —Me parecía que estaba V. algo pálida.
 —Diré á V., como la luz eléctrica es tan amarilla...
 El acompañante observa que los dientes de la muchacha se hallan más negros que la pez y se pregunta á sí mismo:
 —¿Si será también efecto de la luz eléctrica?

Y la luna tristemente seguía su camino, preocupada y llorosa, porque, á pesar de todo, tiene buen corazón y la conmueven las flaquezas humanas, que tan indiscretamente denunciaba en otros tiempos, no tanto para censurarlas como para avivar más los deseos después de largas privaciones.

—Lo cierto es—decía un fósil krausista mirando con dos palmas de boca la nueva luz inmanente—que la moral y las buenas costumbres han de ganar mucho con este sistema armónico de alumbrado.

—Pero el placer pierde su poesía—dijo un estudiante.
 —Y nosotras la salud—añadieron las cloróticas.
 —Y mis hijas un buen partido—murmuró la madre de las de marras, á quien la luz eléctrica ha devuelto bien á pesar suyo la vista, el oído y el entendimiento.
 —Y luego que á esta luz—exclamó la cursi,—no hay vestido posible. Todo traje parece viejo, sucio y zurcido.
 —Tendremos que cambiar de paseo.
 —No es mala idea.
 —Desde mañana iremos...
 —A la plaza de Oriente.
 —Al Campo del Moro.
 —Al cerrillo de San Blas.
 —Malo, malo—gruñó el krausista.
 —¡Soberbio, magnífico!—gritó el estudiante.

En tanto la enamorada pareja que vimos al principio, subía la calle de Alcalá recordando por millonésima vez aquel su primer beso de amor, y ya próximos á separarse dijo ella:

—Todavía no me has dicho lo que te parece la luz eléctrica.
 —Pues me parece—dijo él—que tendremos boda pronto.
 —¿Y qué tiene que ver?...
 —Porque la luz eléctrica para nosotros es como puntos suspensivos que comienzan con un beso en el Prado y no acabarán jamás si no acaban en la vicaría.

VICENTE COLORADO.

AL MENUDEO

¡Barato, muchachas, barato lo vendo! En estos frasquitos un líquido tengo, del cual una maga dejome el secreto. Con él es el mundo parodia del cielo,

porque es de las penas seguro remedio. La luz que le hiere le arranca reflejos de rosa y de nácar brillantes y bellos, y el corcho quitando, de plata cubierto.

de suave perfume saturase el viento. Si echáis una gota tan sólo al pañuelo, y al rostro, en ayunas, con él frotais luego, se tornan los labios rosados y frescos; conviértense en perlas los dientes pequeños, adquiere sedosa tersura el cabello, las largas pestañas semejan un velo que ocultan dos soles brillantes y negros y quedan de envidia los angeles muertos. ¡Diez frascos me quedan! Muchachas, ¡a ellos! A duro los grandes, los chicos á medio.
 —¡Qué hermoso!

—¡Qué aroma!
 —¡Bendigo el invento!
 —¡Embraga el perfume!
 —¡Qué suave!
 —¡Qué bueno!
 —¡Un frasco!
 —¡Á mi otro!
 —¡A mí dos pequeños!
 —Dios quiera, chiquillas, que os haga provecho.

¿Sabéis otra gracia que tiene?

—¡Qué es ello?
 —¡La más portentosa que han visto los pueblos! ¿Sois niñas honradas? ¿Verdad? ¡Ya lo creo! Pues de esas virtudes llevaréis el sello, y habrán de adoraros los hombres á cientos. Por cierto milagro que sólo yo entiendo, el líquido guarda la huella del beso, y allí donde labios audaces, groseros, se posan, se quedan vestigios eternos. ¿Qué tal os parece? Divino, ¿no es cierto?

—¡Jesús! ¡qué mal huele!
 —¡Qué frascos tan feos!
 —No vale la pena.
 —¡Y es caro!
 —¡No es bueno!
 —A mí no me gusta.
 —Ni á mí.
 —No lo quiero.
 —¡Señor sacamuélas, usté es un zopenco; devuelva los cuartos y váyase al cuerno!

SINESIO DELGADO.

¡TODO SE VENDE!

«Un sonetito á María...»
 «Una silva á Salomé...»
 «Un madrigal á Sofía...»
 «Un canto para mi tía...»
 ¡Jesús, María y José!

¡Basta de amor y amistad! Ya se cansó mi bondad de encontrarse siempre en rifa. ¿Queréis versos?... Pues pagad los precios de mi tarifa.

¿No se paga sin dolor al sastre y al aguador?... Pues pagad mi musa inquieta; ¿ó consideraréis mejor á un gallego que á un poeta?

Ahí os va mi anuncio fiel. «Versos... Los vendo á granel. Buen género. En competencia. Tengo muy buena existencia. Nota.—No admito papel.»

Por versitos de verano, ó versos para abanico, seis pesetas á la mano: ¡Se aumentará un perro chico si el país no está muy llano!

Por versitos á una prima, un duro, en correcta rima, sea blanca, rubia ó negra; ¡Por epítafios de suegra pago yo dinero encima!

Albricias para esponsales, dos duros, y es trato hecho. Hay tarifas especiales. ¡Se cantan niños de pecho á precios convencionales!

Por seis duros, pronto y bien se atribuyen mil encantos á la que la faltan cien. Se hacen versos para Santos nuevos y usados también.

Por dedicar un retrato, dos piastras. Poco dinero. De hacer parroquianos trato. ¡Por un saludo á un casero mil duros y aun es barato!

Aviso á los comensales. Cartas en verso, á medida, y menús ministeriales, de almuerzos, treinta reales, y cuarenta de comida.

Declaraciones discretas sobre amorosos asuntos, cuatro duros, en cuartetos. Esquelas para difuntos en verso, treinta pesetas.

A pluma ó lápiz, retratos: nariguados, bizcos, chatos, se arreglan con gran primor. Media onza, haciendo favor: no haciéndolo, más baratos.

Brindis á veinte reales: se elaboran con presteza. Anuncios profesionales, reclamos y memoriales, á real y medio la pieza.

Si hasta ayer fui un insensato, justo es que hoy mis cuentas salde: ¡Nada, me dedico al trato! «¡Todo se vende!... Al barato.» ¡Yo ya no escribo de balde!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

Escoriaza 18 agosto 1883.

CUESTIÓN DE CARÁCTER

Don Juan Ponce es un señor que nada en serio lo toma; Todo lo mira así... en bromas; Siempre está de buen humor.

—Juanito, barre mi alcoba— (Le dice su esposa Luisa). Y el hombre lo toma á risa Y coge al punto la escoba.

—No te estés sin hacer nada
(Le dice), coge al pequeño,
Duérmele, que tiene sueño.—
Y obedece ¡y no se enfada!
Que Luisa gasta su hacienda
En galas y relumbrones,
Que le vende... unas acciones
De minas ¡pues que las venda!
Que su esposa tiene un primo
Ingeniero y muy buen mozo,
A quien ya le asoma el bozo
Y ella lo trata con mimo...
Pues Don Juan lo toma á guasa,
Y cuando entra el ingeniero
Coge el bastón y el sombrero
Y se marcha de su casa.

Le llama imbécil, jumento,
Le araña... ¡cómo ha de ser!
¡Que le deja sin comer?
Pues él, nada... ¡tan contento!
Ayer celebró el bautizo
De su nuevo descendiente,
Y en vez de decir la gente:
«¡Qué mono! ó ¡es un hechizo!»
Decían:—«Es el retrato
Del primo de su mujer,
¡Verdad?»—¡Y á más no poder
Se reía el mentecato!
Vamos, que tiene una pasta
Dulce como el mazapán.
¡Qué demonio de Don Juan
Y qué buen carácter gasta!

LUIS GONZÁLEZ.

EPIGRAMAS

De la miseria retrato,
el pordiosero Torcuato
anda descalzo, y lo grave
es que, según dice, sabe
dónde le aprieta el zapato.

De Mercedes pidió un día
la mano un pollo inesperto

á su papá, que sabía
que el amante no tenía
sobre qué caerse muerto.
Y al oír decir al papá:
«con algo usted contará
cuando me pide á Mercedes,»
repuso: «cuento con la
generosidad de ustedes.»

CARLOS CANO.

EL GATO Y SUS SUEGROS

(FÁBULA INMORAL, HASTA CIERTO PUNTO.)

Pues señor, era un gato que tenía
una suegra más mala que una arpia,
y un suegro detestable,
feroz, soberbio, altivo, inaguantable
(que en esto de tener suegros ingratos
hoy no se ven ya libres ni los gatos).
Si tarde alguna vez se retiraba,
con la más irritante altanería
su suegro le refía,
y su suegra, rabiosa, le arañaba
(pero con tal enojo,
que por poco una vez le saca un ojo).
Si una gata, tal vez agradecida
por alguna atención que no es del caso,
al pasar le miraba enternecida,
ya le estaban sacando á cada paso
la colación de que era su querida.
Y en fin, llegó ya un día en que su suegra
(que era una gata negra)
le dijo con mayidos extremados:
—No has de salir de casa, porque temo
que tus amigos son unos taimados.—
Y llegó el pobre gato hasta el extremo
de no poder andar por los tejados.
La gata, su consorte
(aunque de fino porte),
no olvidaba las mañas de soltera,
y era mimosa, *enclenque* y zalamera;
con lo cual podrás ver, lector querido,
que estaba el pobre gato divertido.
Vamos al cuento, pues, y esto es lo malo:
cansado el gato ya de tanto ultraje,
como pudo muy bien comprarse un traje,
compró un hermoso palo,
fuerte, sin una maca,
de esos que el vulgo denomina *estaca*;
y dispuesto á la lucha de esta suerte,
juró ser libre entonces, ó la muerte.
No refieren las crónicas qué haría,
ni si para ello usó modales finos,
ni qué virtud aquel palo tendría;
lo que si me dijeron los vecinos
fué que de vez en cuando se veía
correr al gato tras del suegro injusto,
y llorar la mujer desconsolada,
y la suegra correr toda asustada,
y haber allí un belén que daba gusto.
La verdad fué, según dice la historia,
que por el palo aquél de gran memoria,
quedó en dos días justos (y no es guasa)
tranquilo el gato y amo de su casa.
¡Jóvenes, ya sabéis; en el momento
que con suegros así lo veáis malo,
acordaos del gato de este cuento
y comprad un buen palo.

PEDRO ESTAÑONI.



Dentro de unos días ¡ya lo verán VV.! empezaremos á leer en los periódicos bombos y más bombos á la compañía del ferrocarril del Noroeste.

¡Qué preciosas vías!
¡Qué magníficos panoramas!
¡Qué succulentos manjares!...
Y ¡qué prensa, Dios mío, qué prensa!
Por un platito de lentejas se vende el derecho de primogenitura.

En Tetuán
está ¡á dos cuartos! el pan;
conque á la puente ó al vado,
señor Jiménez Delgado.

Ya sabrán VV. que una primera tiple del Teatro del Príncipe Alfonso se había fugado *por ahí* con un caballere-
rete. Y no ignorarán VV. que han cogido en Barcelona al
susodicho y á la diva.

Pues el caso es que el señor empresario se empeña en
que la infeliz vuelva á cantar como si tal cosa.

¡Esto es horrible!
¡Por qué no hace V. también cantar al caballere-
te?

Exámenes de Derecho.
—¿Qué es patrimonio?
—Pues... patrimonio... es el caudal que se hereda del
padre.
—¡Hombre! ¡y si se hereda de la madre?
—Entonces... ¡ello mismo lo dice! entonces se llama
matrimonio.

Hemos recibido un ejemplar de *La sombra blanca*, poe-
ma legendario original del joven poeta Sr. Rubio Cardona.
Tiene una vigorosa versificación y pinceladas de la bue-
na escuela. ¡Adelante y á trabajar!

La lógica de los números:
—Vamos á ver: has recibido en diferentes partidas, se-
gún estas apuntaciones, la cantidad de setenta y ocho pe-
setas. Has ganado:

Primer mes.....	89
Segundo.....	97

Ahora sumemos: nueve y siete, diez y seis, y llevo una.
No la quiero, te la dejo, ¡para que veas! Ocho y nueve, diez
y siete, y llevo una. También te la dejo. Total: setenta y
seis pesetas.

Recibiste setenta y ocho.
Me debes dos.
Te las dejo.

¡Chist!...
¡Que están VV. copiando íntegro el MADRID CÓMICO
(primera época), y así ¡claro! se hacen unos números muy
bonitos y... muy baratos!
Hay que abandonar esa industria.
Y sobre todo, ¡chist!...

SOLUCIONES Á LOS JEROGLÍFICOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

- I.—Un loco motor ha sido — del escándalo ocurrido.
- II.—Zapatero, á tus zapatos.

TIPOS

Charla por los codos,
barre la escalera,
se entera al dedillo
de vidas y haciendas
y hace... cualquier cosa
por una peseta.



ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2, Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		AÑO.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce idem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANÍA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELFA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta Biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadernados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes, cuatro pesetas.
Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones

Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º